

PROFESIÓN EXPUESTA Y POSESIÓN EXPLICADA



L.R. SHELTON, JR. (1923-2003)

PROFESIÓN EXPUESTA Y POSESIÓN EXPLICADA

Contenido

1. La necesidad de tener la vida
espiritual en Cristo3
2. La obra del Espíritu Santo8
3. El pecado debe ser destruido.....12
4. El poder de la gracia de Dios.....17
5. El Espíritu Santo convence
de las realidades del Evangelio.....21
6. La unión con Cristo protege contra el pecado..24

© Copyright 1998 Chapel Library; Pensacola, Florida. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera Antigua.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *Profession Exposed, Possession Explained*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org
www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

PROFESIÓN EXPUESTA Y POSESIÓN EXPLICADA

1. La necesidad de tener la vida espiritual en Cristo

El propósito de esta serie de mensajes es exponer la profesión de fe en Cristo carente de vida, y explicar qué significa poseer vida en Cristo. Esperamos que el Espíritu Santo nos dará entendimiento para recibir en nuestras mentes y en nuestros corazones estos estudios.

Creo firmemente que el juicio de Dios está próximo a caer sobre vastas multitudes del cristianismo profesante actual debido a la tibieza e hipocresía, tan manifiestas en las vidas de aquellos que afirman ser seguidores de Cristo. Nunca ha habido un tiempo en la historia de la iglesia en el cual se encontrara *tanta profesión pero tan poca práctica de la santidad*, como estamos presenciando en nuestras iglesias hoy en día.

Muchas fuentes de información refieren noticias de *tantas* personas que reclaman haber “nacido de nuevo”. Actualmente, por todo lo largo y ancho del país, existen más grupos de estudios bíblicos y de oración, seminarios, grupos musicales y de predicación, y más retiros espirituales de los que hayan podido existir en cualquier otro tiempo pasado.

Pero, en vista de todo esto, yo me pregunto: ¿Dónde están esa piedad y aquella santidad que caracterizaron a la iglesia de los Hechos de los Apóstoles? ¿Dónde está la preciosidad de Cristo? ¿Dónde está el poder de convicción del Espíritu Santo? ¿Dónde encontramos la predicación tronante de la ley de Dios, para que la gente conozca lo que es el pecado? ¿Dónde están los pecadores clamando a Dios por misericordia? ¿Dónde están las evidencias, manifestadas por medio de una vida expuesta a los requisitos de Dios, en los llamados “creyentes nacidos de nuevo”? ¿Dónde se proclama y se ejerce el Señorío de Jesucristo? ¿Dónde se encuentra ese espíritu de sacrificio que ofrenda para la causa de las misiones locales y mundiales? ¿Dónde están la separación del mundo, el camino de justicia y la verdadera santidad? ¿Dónde están aquellas *anticuadas* reuniones de oración, donde las personas se unían para clamar e implorarle a Dios por las almas de los hombres? ¿Dónde se encuentran esos cultos de alabanza donde se exalta a Cristo y Él es ensalzado sobre Su pueblo? Sinceramente, creo que estas son preguntas pertinentes para nuestro tiempo.

Permítanme ir más allá y exponer estos hechos. Tenemos tiempo para comer y beber; tenemos tiempo para los placeres del mundo; tenemos tiempo para hablar con, y visitar a nuestros parientes y amigos; tenemos tiempo para todo lo que el mundo puede ofrecernos...; pero ¿dónde está el tiempo para

orar? ¿Dónde está el tiempo para esperar en Dios? ¿Dónde está el tiempo para meditar en Su Palabra, y clamar a Él por santidad para nuestras vidas y por lenguas *piadosas*?

Tenemos tiempo para cazar y pescar, nadar y jugar, esquiar y patinar; tiempo para ir de vacaciones, entretener y ser entretenido; tenemos tiempo para trabajar, para ir a la escuela y disfrutar de todo lo que el mundo tiene para ofrecernos en forma de entretenimientos; tenemos tiempo para ver televisión, para oír la radio o escuchar música, o ir al cine; pero *¿dónde está el tiempo para Dios, para Su Palabra y para esperar en Su presencia?* ¿Dónde encontramos el tiempo para la obra de Dios y Su servicio?

Pregunto a cada uno de nosotros, los que proclamamos haber sido salvados por la Gracia de Dios: ¿dónde están los frutos del Espíritu que demuestran que hemos estado con Dios? Nosotros, los que decimos que hemos confiado en Jesucristo como nuestro Salvador; nosotros, los que hemos sido bautizados y asistimos a la iglesia: ¿dónde está la nueva vida de santidad? ¿Dónde está esa vida piadosa que nos convierte en esclavos de Jesucristo? ¿Dónde está el amor por las almas y por los otros? ¿Dónde está la crucifixión del mundo en nosotros?

Verán, nuestro problema es que en la actualidad los hombres son forzados a profesar [tomar una decisión por Jesús] sin la más mínima preocupación e interés por sus almas; entonces se les apresura a profesar por medio de las cuatro leyes espirituales y se les dice que ya son salvos porque hicieron un compromiso.

Hoy día se utiliza la profesión como un escape a cualquier tipo de crisis: matrimonial, financiera, de salud..., lo que sea. Se les dice a las personas que han sido salvadas porque han contestado “sí” a ciertas preguntas, cuando resulta que ni siquiera han llegado a saber nada sobre la depravación de sus corazones a los ojos de Dios, o acerca del dominio del PECADO sobre ellos. Nada saben concerniente a las consecuencias del mismo, o de lo horrendos que sus pecados son A LOS OJOS DE DIOS; ni tampoco saben lo que es sufrir por ello y desear volverse a Dios del pecado aborreciéndolo... (Mat. 5:4; Lucas 14:26).

Nuestro Señor nos advirtió acerca de tal hipocresía en Mateo 23:15 con estas palabras: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y una vez hecho, le hacéis dos veces más hijo del infierno que vosotros”.

¿Qué decir acerca del evangelismo de este tiempo presente, que apresura a las personas a realizar una profesión sólo para hacer más prosélitos, cuando resulta que estos individuos todavía no saben nada acerca de sus propios corazones, menos del odio de Dios hacia el pecado, ni del quebrantamiento del corazón ante Dios a causa del mismo!

Cuando Juan el Bautista apareció en la escena para prepararle el camino al Señor, él vino anunciando: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha

acercado... haced pues frutos dignos de arrepentimiento...Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego.” (Mat. 3:2, 8, 10).

Él llegó predicando el arrepentimiento, y, por el vivificante y convincente poder del Espíritu Santo, el corazón humano quedaba así expuesto ante Dios... esto es lo que hace falta en nuestras iglesias de hoy en día, en nuestros púlpitos y en nuestras vidas: ¡la “anticuada” obra del Espíritu Santo de convencer de pecado y de condenarlo!

Estimado lector: ¿y dónde vemos esto hoy en día? ¿Están siendo los hombres despertados al hecho de que se encuentran perdidos?

Mi oración es que se percaten de su estado de perdición, porque, a menos que un hombre esté perdido, jamás será encontrado; a menos que un hombre se presente culpable ante Dios, nunca puede ser liberado por la Gracia de Dios. Lucas 19:10 nos dice que “El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”; y es a estos a quienes Cristo salva únicamente, a *los pecadores perdidos*. Así que, tiene que ser por medio del convincente poder del Espíritu Santo de Dios, ya que, sin Su Obra, nuestra predicación y nuestra labor son en vano, pues “Separados de él, nada podemos hacer” (Juan 15:5).

En Juan 6:63 leemos: “El Espíritu es el que da vida; *la carne para nada aprovecha*”. Se nos tiene que impartir vida; tenemos que ser avivados por el Espíritu Santo, quien produce el nuevo nacimiento en nosotros por medio de Su Omnipotencia. Él debe realizarlo en el día de Su poder, o nunca seremos salvos, porque el hombre carnal... no puede levantarse por sus propios medios; ¡no puede salvarse a sí mismo! Una pequeña profesión, un poco de creencia nunca lo hará.

Querido lector: ¡el nuevo nacimiento no lo produce nuestro creer! Es producido por el poder del Espíritu de Dios en nuestros corazones. ¡Es una obra interna del Espíritu de Dios!

¡Oh, que nuestras iglesias se convirtieran en casas de oración en vez de tan solo centros para socializar! ¡Oh, que nuestros corazones estuviesen quebrantados ante Dios en confesión y arrepentimiento! ¡Oh, que así derramásemos nuestros corazones ante Dios, confesando nuestra conformidad con el mundo, nuestra vagancia en las oraciones, nuestra religión sin vida, nuestra profesión sin posesión, nuestra falta de parecido a Cristo, nuestra falta de celo santo y de la valentía que caracterizó a la iglesia antigua! ¡Oh, que hubiera una búsqueda de Dios por medio de oraciones de intercesión, prefiriendo derribar las puertas del cielo sin soltarnos de Dios hasta que Él nos conceda un avivamiento en nuestras almas y en las almas de los demás!

Estimado lector, esta es nuestra única esperanza: ¡Un avivamiento nacido en el cielo, y enviado del cielo, por medio del cual multitudes nazcan del Espíritu de Dios!

¿Por qué la iglesia se encuentra en tan [miserable] condición? Hemos hecho compromiso con el pecado; hemos tomado el camino más ancho; hemos arriado nuestras velas y hemos dicho que Dios no quiere que vivamos nuestras vidas sacrificadamente, siguiendo el ejemplo de la iglesia primitiva. ¡Por tal razón no tenemos testimonio; no poseemos el testimonio vital, ni en nosotros ni en nuestras palabras; no tenemos más que una profesión enfermiza, infernal y diabólica, sin vida y sin esperanza! Y esto lo vemos en todos los lugares, tanto en los círculos fundamentales como en los círculos evangélicos. Más aún, la falsa enseñanza del cristianismo carnal ha permeado de tal manera en la iglesia, que no importa la forma en que las personas vivan, nunca se cuestiona su interés en Cristo. Se les ha dicho que si creen, todo está bien, y por tanto todo les irá bien con respecto a sus almas.

Mi Biblia, la Santa Palabra de Dios, no declara tal enseñanza; aunque sin embargo, lo que sí declara es lo opuesto, pues leemos en Hebreos 12:14: “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie vera al SEÑOR”.

Estimado lector: a la verdadera conversión le sigue *una vida santa*, porque esta es la vida de Dios en el alma. Preste atención. Si esta vida santa no sigue a la salvación que profesamos tener, no es la salvación de Dios; ¡pues Cristo vino para salvar a Su pueblo *DE* sus pecados, y no a salvarlos en sus pecados! (Mateo 1:21)

Una vida santa tiene que manifestarse después de la salvación que Dios provee en Cristo o el propósito de Dios en querer salvarnos sería derrotado, y esto no puede ser, pues leemos en Efesios 1:4: “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en amor.”

Una vida santa tiene que manifestarse después de la salvación que Dios provee en Cristo, o el propósito de Dios en llamarnos sería derrotado; y esto no puede ser, pues leemos en I Tesalonicenses 4:7, “Porque no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación.”

Una vida santa tiene que manifestarse después de la salvación que Dios provee en Cristo, o la voluntad de Dios sería desviada; y esto no puede ser, pues leemos en I Tesalonicenses. 4:3, “porque la voluntad de Dios es vuestra santificación.”

Una vida santa tiene que manifestarse después de la salvación que Dios provee en Cristo, o la gracia de Dios no reinaría en la vida del creyente, y esto no puede ser; pues leemos en Tito 2: 11,12: “Porque la gracia de Dios que trae salvación a todos los hombres, se manifestó, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente.”

Estimado lector: ¿no estás viendo un poco de lo que Dios requiere y cuán corto se ha quedado hoy el cristiano profesante promedio? No se trata nada más que del pecado de la hipocresía, nada más que mera profesión sin vida.

Más aún, una vida santa tiene que manifestarse después de la salvación que Dios provee en Cristo, pues Dios, que no puede mentir (Tito 1:2), ha dicho que: “Por las cuales nos son dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo por concupiscencia” (2 Pedro 1:4).

Una vida santa tiene que manifestarse después de la salvación que Dios provee en Cristo, o de otra manera Dios mismo no sería Santo; y esto no puede ser, pues leemos en 1 Pedro 1:15-16: “Sino como aquel que os ha llamado es Santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: “sed santos, porque Yo soy santo.”

Una vida santa tiene que manifestarse después de la salvación que Dios provee en Cristo o el propósito eterno de Dios para nosotros en Cristo sería derrotado; y esto no puede ser, pues leemos en Romanos 8:29: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes ala imagen de su Hijo.” ¡Y la única manera de ser conforme a la imagen de Cristo, es en santidad!

Una vida santa tiene que manifestarse después de la salvación que Dios provee en Cristo, o Dios cometió un error cuando dijo en Gálatas 1:3-4 que, nos libró “de este presente siglo malo, conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro”.

Una vida santa tiene que manifestarse después de la salvación que Dios provee en Cristo o Gálatas 5:24 estaría en un error, pues leemos: “Pero los que son de Cristo, han crucificado la carne con los afectos y concupiscencias.”

Una vida santa tiene que manifestarse después de la salvación que Dios provee en Cristo o Gálatas 6:14-15 estaría en un error, pues leemos: “Mas lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo. Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino *la nueva criatura*.”

Podríamos seguir leyendo textos que demuestran que una vida santa *tiene que* manifestarse después de la salvación que Dios provee en Cristo para los pobres pecadores, pero los versos que hemos mencionado anteriormente son suficientes para establecer que la santificación es una parte vital de la salvación; y si no hemos sido hechos partícipes de la Santidad de Dios, entonces, *no somos salvos*. Por lo tanto, el hombre que tan sólo profesa tener vida en Dios, sin dar muestras de los frutos del Espíritu, comete el pecado de ser un hipócrita.

Podemos decir que sabemos acerca de la justificación y acerca del perdón de pecados, pero si no estamos familiarizados con los otros aspectos de la salvación de Dios, los cuales son la piedad y la santificación de vida, entonces, ¡no somos salvos! No importa cuántas experiencias hayamos tenido, ni cuánto hayamos creído, si no estamos siendo santificados progresivamente por la gracia de Dios, por la obra del Espíritu Santo en nosotros, *no somos salvos*. Entonces

hemos estado viviendo en el pecado de la hipocresía; poseemos una profesión sin vida; no tenemos más que el infierno mismo en nuestras almas y no nos hemos apropiado de Cristo.

2. La obra del Espíritu Santo

¿Qué está faltando hoy día? La obra del Espíritu Santo.

Nuestro Señor Jesucristo dice en Juan 6:63: “El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha”. Sin la obra del Espíritu Santo, nuestra predicación y nuestras labores son en vano, pues sin Él nada podemos hacer. Porque los hombres están muertos en delitos y pecados, estos tienen que ser avivados por el Espíritu Santo, quien tan sólo puede producir el nuevo nacimiento en nosotros por medio de Su Omnipotencia. Tan sólo Él puede hacer que estemos dispuestos *en el día de Su poder* (Salmos 110:3); sino, de otra manera nunca podríamos ser salvos, ya que nosotros no podemos salvarnos a nosotros mismos. Una profesión o una creencia, sencillamente, nunca podrán hacerlo. Se necesita la Palabra incorruptible de Dios — esa Semilla Divina que debe ser plantada en nuestros corazones. El Espíritu *tiene que obrar* en nuestras almas, si es que hemos de ser traídos al conocimiento salvador del Señor Jesucristo.

Estamos viviendo en unos días en que la mayoría solo busca experimentar sensaciones agradables, emociones positivas, y tiempos felices; nadie quiere pensar acerca de la culpa del pecado. Tan sólo se quieren las bendiciones de Dios sin pasar por la experiencia humillante y mortificadora de la convicción del Espíritu Santo, la cual hace que nos enfrentemos al hecho horrendo de nuestra condición totalmente depravada ante Dios.

Esta es la razón por la cual tenemos encontramos profesión sin vida. Muchos quieren llegar a Cristo, pero quieren hacerlo evitando la obra humillante, mortificadora, quebrantadora y de lamentación del arrepentimiento. Ellos no quieren esperar hasta que una verdadera Obra de Gracia sea llevada a cabo en sus almas por medio del Espíritu Santo. Los predicadores quieren recoger los frutos antes de que estos hayan madurado. No están dedicando tiempo a la oración ni a la predicación de la Palabra, de manera que las personas sean convencidas de sus pecados ante Dios. De esta forma, tales personas son apresuradas a hacer una profesión sin vida, y por consiguiente *no tienen nada* [están vacíos]; ante Dios, solo son unos hipócritas adornados. ¡Estos quieren apresurar una pequeña profesión, en vez de esperar a que Dios quebrante sus corazones! Quieren escaparse del infierno y disfrutar de todos los beneficios del Evangelio: “justicia, paz, y gozo por el Espíritu Santo” (Romanos 14:17), sin la obra del Evangelio en sus corazones —quebrantamiento de la voluntad, reconocimiento del pecado, un postrarse ante los pies de la Cruz como pecadores impotentes, sin esperanza, condenados y arruinados para siempre ante Dios — y antes de someterse a las condiciones del Evangelio, a la crucifixión de la car-

ne: “Porque los que son de Cristo, *han crucificado la carne* con sus afectos y concupiscencias” (Gálatas 5:24).

Estimado lector: si nunca ha llegado ante Dios diciéndole que está perdido, usted no puede decir que ha sido salvado. Nuestro Señor nos enseñó claramente cuáles son *las condiciones del Evangelio*.

Luego de haber hecho la invitación para que todos vinieron a la cena, pues ya todo estaba preparado, se volvió a la multitud que le seguía y con amor les dijo: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su vida, no puede ser mi discípulo. Y cualquiera que no trae su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo... Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia *a todas las cosas que posee*, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14:26-27, 33). Él les dijo la verdad en amor: que tenían que abandonar SUS caminos y seguirlo a Él.

Nuevamente (en Hebreos 13:13) Él nos dice que tenemos que dejar el mundo atrás, y seguir adelante hacia Cristo “fuera del campamento, llevando su vituperio” (RV 1960). Pero ¿dónde encontramos hombres dispuestos a aceptar esto hoy en día? No quieren hacer como Moisés, quien rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser afligido con el pueblo de Dios, que gozar de comodidades temporales de pecado; quien por la fe dejó a Egipto (Hebreos 11: 24,25,27). Así que esto es lo que hace cada alma que viene a Cristo: rehúsa gozar de los deleites del mundo, escogiendo seguir a Cristo. ¡El mundo tiene que ser abandonado!

Amados, no quiero ser [tibio], quiero seguir diciéndoles la verdad con amor. Estas mismas condiciones de salvación son las que vemos en Isaías 55:7: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar”. Pero, fíjese, estimado lector: el malvado tiene que *abandonar* su camino; su camino de pecado, de voluntad propia, de auto confianza y de rebelión. Y esto solo se lleva a cabo cuando el injusto abandona sus pensamientos; sus pensamientos de orgullo, incredulidad, lujuria y voluntad propia; entonces retornará hacia Dios en verdadero arrepentimiento, antes de que pueda obtener perdón, liberación, y misericordia en Cristo.

Es necesario que haya una rendición completa a Cristo como Señor: “Si alguno quiere venir en pos de mí, *niéguese a sí mismo, y tome su cruz* cada día, y sígame” (Lucas 9:23). Cristo no nos franqueará la entrada a Su Reino ni nos permitirá ser partícipes de Su gloriosa y graciosa salvación, sin que antes nuestra voluntad sea quebrantada y nos rindamos a Él como *Señor de todo*.

Más aún, el Salmo 51:17 nos dice que, “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado: al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”. Y el quebrantamiento de corazón y de voluntad tan sólo puede producirlo en nosotros el Espíritu de Dios; ¡cualquier otra cosa aparte de esto es *hipocresía!* Por esta razón es que predicamos y oramos por la salvación de las almas, pues

no queremos que en el día del juicio se presenten ante Dios y escuchen las palabras: “Apartaos de mí, obradores de maldad, nunca os conocí”.

Dios no nos puede recibir hasta que estemos dispuestos a abandonar nuestra rebelión. ¿Cómo podría estar usted desposado con Cristo mientras aún busca y desea a otros amantes? ¿Por qué Cristo debe salvarlo a usted, si aún usted ama al mundo, y a todo lo que en él se encuentra, más que a Él, quien nos redimió del presente siglo malo? Cristo no vino tan sólo para salvarnos del infierno, sino también a salvarnos DE nuestros pecados (Mateo 1:21). Y por experiencia sé que, bajo la convicción del Espíritu Santo, el pecador no desea tanto ser salvo de la ira de Dios y del infierno, como desea ser salvado y liberado de sí mismo y del pecado. El pecador clama: “Señor, líbrame de mí mismo; pues encuentro que en mi interior no mora nada bueno. *de mí mismo* es que proviene toda esta corrupción”.

Estimado lector, Dios no está dispuesto a transigir con nosotros. *es imperativo* que usted, al presentarse ante Dios, se presente en confesión de todo pecado; *es imperativo* que usted deponga las armas de su rebelión y que rechace al mundo.

El Señor Jesucristo dijo: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”. (Mat. 7:21-23).

Así que, solo aquellos que hacen la voluntad de Dios serán los que entren en el cielo; y deseamos que usted no sea incapaz de entrar. Por esta razón le pedimos a Dios que usted se arrepienta y se vuelva a Dios; estamos tratando de establecer esa línea de demarcación para que reconozca el estado en el que por naturaleza usted se encuentra; que despierte de ese sueño de muerte, de su pereza y de su falta de oración; y que usted pueda ver las demandas de Dios: que tenemos que hacer *su voluntad* o de otra manera no podremos entrar al Reino de los Cielos.

Usted no querrá escuchar: “Apartaos de mí, obradores de maldad, porque no hicieron la voluntad de mi Padre que está en los cielos”.

Usted se preguntará: ¿Y cuál es la voluntad de Dios? Mateo 5 nos dice: “Bienaventurados los pobres en espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos” (versículo 3). La persona que hace la voluntad de Dios es pobre en espíritu; esta viene a Dios arruinada espiritualmente, reconociendo su pecaminosidad y su incapacidad ante Dios, con un espíritu quebrantado, y con un corazón contrito. En esta pobreza de espíritu, admitimos que no sabemos nada, que no somos nada, y que nada podemos hacer; así que, espiritualmente hablando, sufrimos de extrema pobreza.

Luego, nuestro Señor dijo, “Bienaventurados los que lloran: porque ellos recibirán consolación.” La persona que hace la voluntad de Dios, es aquella que llora por causa de sus pecados; que se lamenta por lo poco que se asemeja a Cristo, y por su incapacidad para hacer ninguna buena obra que sea aceptable para su salvación y justificación ante Dios. Esta persona llora porque no puede llegar a Dios por sus propias fuerzas; ella reconoce que tan sólo el Espíritu Santo puede lograr dicha obra. Así que de esta manera clama a Dios en Cristo, pidiéndole que por medio de Su Espíritu obre en su alma aquello que es agradable a Dios mismo. Esta persona no se complace en mantener una profesión sin vida; desea vida, quiere a Cristo, ¡quiere la realidad! No quiere ser un hipócrita adornado. Esta persona desea esa unión viva, llena de amor, y duradera, con Dios.

La voluntad del Padre es expresada también en la cuarta bienaventuranza: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos.” La persona que hace la voluntad de Dios no sólo se lamenta por sus pecados, sino que además anhela ser satisfecho con la justicia que tan sólo se encuentra en Cristo. Esta persona exclamará como Pablo en Filipenses. 3:7-8: “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aún estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo”.

¿Y por qué estimó él todas éstas cosas como pérdidas? Para así ser hallado en Cristo, sin depender de su propia justicia, la cual proviene de la ley, sino de estar revestido de la justicia que tenemos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Así que, él tiene hambre y sed de esta justicia. Este deseo de ser completamente de Cristo, de conocerlo a Él, es una de las más benditas señales de una verdadera obra de la Gracia en el corazón. Siguiendo el ejemplo del apóstol Pablo, el alma clama: “¡Tengo que tener a Cristo! ¡Tengo que tener Su justicia!”.

Estimado lector: cualquier cosa aparte de esto es vanidad, hipocresía inútil que tan solo condena al alma hundiéndola más en el infierno. Tenemos que ser despertados, para que veamos con claridad cuáles son las demandas de la voluntad de Dios; de otra manera ¿cómo podríamos hacer Su voluntad?

En 1 Tesalonicenses 4:3, 7 leemos nuevamente acerca de la voluntad de Dios: “Porque la voluntad de Dios es *vuestra santificación*; que os apartéis de fornicación... porque no nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación”.

Si nuestras vidas no producen los frutos de santificación ¡entonces no somos salvos! Permítame decirle que una profesión sin vida, una profesión sin Cristo, es nada menos que hipocresía; no es la verdadera vida. Y de ser así, se está actuando y caminando de una manera que no es agradable a Dios.

Amado lector: todas estas cosas tienen que ser obradas en nuestros afectos, y en nuestro entendimiento por el Espíritu Santo, y esta es la obra para la cual

Él fue enviado. Así que, confiando en que Él lleve a cabo Su Obra, recuerdo Su Palabra diciendo que “Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí, no imputándole sus pecados y puso en nosotros la palabra de la reconciliación. Al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2 Co. 5:19, 21).

Confiemos, pues, que el Espíritu de Dios obre en nuestros corazones, plantando la semilla de Su Palabra en ellos, por medio de Su incomparable poder.

3. El pecado debe ser destruido

Veamos ahora la obra engañosa, de la cual muchos profesantes han venido a ser recipientes, siendo cegados a la verdad. Estos profesantes se mantienen en un estado de hipocresía, sembrando para su carne, aun sabiendo que viven una mentira y que no poseen la vida de Dios en ellos. Trataremos de mostrar, con la ayuda y la gracia del Espíritu Santo, cómo Dios libera a los pobres pecadores que se encuentran cautivos en esta condición.

Vayamos a Gálatas 6:7-8: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado; que todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna”. Estas palabras son suficientemente claras.

Permítame advertirle, estimado lector: *cuídese de ese evangelio falso* que le permite al hombre mantenerse en sus pecados y sembrar para su carne, y aún así le da esperanzas de que irá al cielo. Dicho evangelio falso le concede una póliza de seguro cubriéndolo de las llamas del infierno, pero no le da poder sobre sus pecados. Este evangelio falso le permite a usted seguir viviendo mundanamente, y no le impone la condición de que sus deseos carnales tengan que morir.

Cuídese de este evangelio falso que le ofrece a usted religión sin vida, una profesión sin posesión de vida. Este evangelio falso que le hace creer a usted que hay dos caminos al cielo, y no tan sólo uno como lo describe nuestro Señor en Mateo 7:13-14: “el camino angosto”. Fíjese usted: este evangelio falso produce un *segundo camino*, el camino del “cristianismo carnal”, el cual es “camino que al hombre parece derecho” (Prov. 14:12), porque es un camino fácil. Es atrayente para la carne, pero, estimado lector, es un camino que con toda seguridad lo llevará al infierno.

Con todo respeto, le advierto acerca de este evangelio falso que le enseña acerca de una manera fácil de ser salvo. Este evangelio falso no se opone a sus deseos carnales; por el contrario, es un fuente que le ofrece cantidad de diversión placentera y de entretenimiento aparentemente inocente. Le permite a usted vivir sin estorbos, nunca exige nada de usted, no produce cambios en su vida y le permite seguir viviendo en los placeres engañosos. La diferencia es que, en vez de cantar canciones de cabaret, ahora canta coros religiosos; y que

ahora ve películas religiosas en vez de beber licor. Pero el interés sigue siendo el mismo: entretenimiento y pasatiempos, con la diferencia de que ahora está en un plano moral e intelectual más elevado.

Vea usted, este evangelio falso no pretende hacer morir al pecador antes de recibir la nueva vida en Cristo, mas sin embargo le dice que reciba la nueva vida antes de que la vida antigua haya muerto. Este evangelio falso pretende echar vino nuevo en odres viejos ¡y esto no funciona! Lo viejo tiene que ser destruido antes de que lo nuevo pueda ser construído (Marcos 2:22).

En lugar de matar al pecador, este falso evangelio trata de reconducirlo. Así que lo dirige a una forma de vida, inteligente y alegre, que respeta su autoestima. A los autoafirmados les dice: “Venid y afirmaos por Cristo”; a los egoístas: “Venid y jactaos en el Señor”; y al buscador de emociones le dice: “Venid y disfrutad de la emoción de...”.

Este evangelio falso ha fracasado en entender el significado completo de la cruz, la cual significa *muerte*.

El verdadero Evangelio de la Gracia de Dios en Cristo, el cual es el poder de Dios para salvación, requiere la muerte, la sepultura y la resurrección de usted --el pecador-- en el Señor Jesucristo.

El verdadero Evangelio presenta a la Cruz de Cristo como el final abrupto y violento de todo lo que usted es por naturaleza, y lo levanta a una nueva vida en Cristo con [todas] las ataduras del pecado rotas. Esta nueva vida pone fin a su orgullo y a su ambición, postrándolo a usted a los pies del Dios Santo, clamando por misericordia.

El verdadero Evangelio de la gracia de Dios en Cristo Jesús le dice que usted deberá tomar la cruz de Cristo y decirle adiós a sus amigos y al mundo, pues usted no volverá a ser la misma persona. Le dice a usted que ya no tendrá su vida re-dirigida, sino que usted irá al lugar donde encontrará la muerte de su vida anterior:

“Salgamos pues a él fuera del real [campamento], llevando su vituperio” (He. 13:13); pues es aquí donde morimos para el mundo. Como dijo el Señor Jesús en Lucas 14:27: “Y cualquiera que no trae su cruz, y viene en pos de mí no puede ser mi discípulo” .

¿Ve usted? Tenemos que morir para el mundo y para todos sus placeres y encantos (Gálatas 6:14).

El Verdadero Evangelio de la gracia de Dios en Cristo Jesús, no hace ninguna clase de compromiso con el pecado. Requiere que vengamos ante Dios en confesión de todo pecado, o iremos al infierno.

El Verdadero evangelio dice: “¡Arrodíllate, pecador!; cae ante los pies del Dios Santo y Soberano; arrepentido, póstrate ante los pies de Cristo por fe, confiando en Él para tu salvación”.

Todo pecado tiene que ser abandonado; se tiene que renunciar a todo pecado; tiene que haber arrepentimiento de todo pecado; todo pecado tiene que ser odiado. ¡Usted tiene que morir para el mundo y el mundo morirá para usted! Usted tiene que abandonar el pecado y seguir adelante olvidándose de sí mismo, poniendo su completa confianza en Cristo, o nunca podrá conocer a Cristo dentro de una salvación verdadera.

El Evangelio de la gracia de Dios en Cristo no le permitirá a usted cubrir, defender o excusar ningún pecado, pues la Biblia nos dice en Proverbios 28:13: “Él que encubre sus pecados, no prosperará: más el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia”. Cuando usted muere para el pecado y para sí mismo, entonces Cristo, a través del poder del Evangelio, lo resucitará a una nueva vida en Él.

Por lo tanto, estimado lector, permítame advertirle: no piense en establecerle condiciones a Dios. Preséntese ante Él cabizbajo, diciéndole que usted está perdido y que merece la muerte y ser echado en el infierno. Su única esperanza para la salvación es venir a Dios, listo para ser ejecutado, pidiéndole que lo ejecute o que lo salve por amor a Cristo Jesús. Aún sí usted merece ir al infierno, Dios tendrá misericordia de usted por amor a Cristo; esto es si usted renuncia a sus pecados, volviéndose a Dios arrepentido de corazón. Él vino a buscar y salvar lo que está perdido; así que venga usted como *un pecador perdido*.

En el verdadero Evangelio de la Gracia de Dios en Cristo, no hay término medio o compromiso entre el camino angosto y el camino espacioso —¡No! Pues cuando usted viene a Cristo para ser liberado de la *culpa* del pecado (lo cual es Justificación), usted también viene a Él para ser librado del *amor, poder, y el dominio* del pecado en esta vida (lo cual es Santificación). La Persona de Cristo, Quien es nuestra Salvación y Esperanza de Gloria, no puede estar dividida. Usted no puede conocerle como Salvador sin conocerle como Señor —; Él es quien rompe el poder que el pecado ejerce sobre usted y lo libera de Él:”Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:36),

Libres del pecado, pues Romanos 6:2 nos dice que en la Salvación hemos muerto al pecado y a su poder reinante. La naturaleza misma de la fe salvadora, se aferra totalmente a Cristo, y establece que la Justificación no se separa de la Santificación.

¡Ha sido un truco sutil el que Satanás ha utilizado con la mayoría de los cristianos profesantes de hoy en día, con este evangelio falso del cristianismo carnal, engañando a almas preciosas, diciéndoles que es posible ser salvo sin haberse roto el poder reinante del pecado! ¡Qué astucia la de Satanás, al decirles que pueden vivir una vida carnal sembrando para la carne, y que aún así todo les irá bien con sus almas eternas, porque han hecho una decisión y están viviendo de la mejor manera posible! Este falso evangelio ha permeado tanto en nuestras iglesias hoy en día, que nadie se cuestiona su interés en Cristo.

Estimado lector, si usted se encuentra en esta condición, usted está viviendo una mentira, usted está viviendo en un estado de decepción e hipocresía, pues usted no posee vida de Dios en usted.

Quienquiera que crea en este evangelio falso, cree en una mentira salida del infierno, pues la Palabra de Dios nos enseña de manera diferente. Este falso evangelio no predica la ley de Dios, pero en cambio Romanos 5:20-21 nos dice: “Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro”.

¡La ley tiene que ser predicada! Pues, al entrar la ley por medio del Espíritu Santo, este condena la enormidad, la culpabilidad y la ofensa del pecado ante Dios, y así encontramos que el pecado abunda y reina en nuestras vidas; entonces veremos a los pecadores pidiéndole a Dios que tenga misericordia, y es solo entonces, cuando Dios nos salva en Cristo, impartiéndonos Su naturaleza divina y enviando a Su Espíritu a que more en nosotros, que Su gracia abunda y reina en los corazones y en las vidas de Sus hijos redimidos.

Mas adelante, Romanos 6 comienza con la siguiente pregunta: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?”. Y en el segundo verso nos da la respuesta: “¡En ninguna manera!” – Dios lo prohíbal – “porque los que somos muertos al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?”.

¡No podemos! ¿Por qué? Porque la muerte es una separación. En el aspecto físico, en las Escrituras se habla acerca de la muerte como la separación del individuo de su cuerpo físico; mientras que en relación al aspecto espiritual, esta es descrita como la separación del individuo de la vida de Dios en la Salvación. Así que, cuando Dios nos salva, el pecado recibe un golpe mortal y *nosotros morimos para el pecado*.

Resumiendo este capítulo, Romanos 6, el Espíritu Santo nos dice que hemos muerto al pecado de una vez por todas; hemos sido separados del pecado, habiendo sido anteriormente este nuestro monarca reinante en nuestras vidas, pero ahora el principio de la Gracia reina en nosotros como monarca absoluto Soberano. En el versículo 4 se nos dice que nosotros caminamos en vida renovada, habiendo sido quebrantado el poder del pecado en nosotros, para nunca más caer bajo su poder reinante [dominio]. ¿Por qué? Porque el poder de la Gracia de Dios sobreabunda en nosotros, y esta gracia reinante de Dios nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a vivir sobria, justa y piadosamente en este siglo (Tito 2: 12). ¡Este es El Verdadero evangelio de Cristo!

Así que, vemos claramente en estos versos de Romanos 5:20-21 y 6:1-2, que el verdadero cristiano ha muerto tanto como a la culpa del pecado y su penalidad, como al poder del pecado y su reinado en el corazón humano.

¿Se da usted cuenta, querido lector? Tenemos aquí una fina línea de demarcación, porque es aquí donde la sutil obra de Satanás se ha infiltrado por medio de esta enseñanza del cristianismo carnal, afirmando que en el momento en que un hombre hace una profesión de fe en [decisión por] Cristo, él está a salvo de la culpa y de la penalidad del pecado; pero tal poder no ha sido roto [nunca], así que, necesariamente, todavía estará viviendo bajo el pecado porque el pecado sigue reinando en él.

Aún teniendo apariencia de piadosos, ¡niegan el poder de Dios en la salvación a través del Evangelio para deshacer el poder del pecado! Y es por esta razón que tenemos que continuar estableciendo esta línea de límite, y entablar una batalla aquí mismo. Cuando anteriormente la batalla era sobre el nacimiento de Cristo de una virgen y la inspiración de las Escrituras, la batalla de hoy día es sobre dos aspectos:

1) El Señorío de Cristo: Su presente reino como el Rey y Señor de Gloria;
Y

2) Esta teoría del cristianismo carnal: los hombres viviendo una mentira en hipocresía, viviendo en el pecado; teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella (2 Timoteo 3:5).

¡No se deje engañar! ¡No hay dos caminos hacia el cielo! La Palabra de Dios no enseña que exista tal salvación que nos justifica sin santificarnos; por el contrario, nos enseña que en la Salvación el reino y el poder del pecado han sido rotos y la pena removida. El verdadero creyente, si en verdad es un verdadero hijo de Dios, dice: “Yo he muerto al dominio del pecado; el pecado ya no reina sobre mí, pues ahora el principio de la Gracia, y no el pecado, es quien reina en mi corazón y en mi vida”. Esto es lo que el poder del Evangelio hace por nosotros: ¡nos liberta en Cristo!

Por esto, estimado lector: “Porque no me avergüenzo del Evangelio: porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Ro.1:16).

Querido lector, nosotros, o estamos bajo el reino del pecado en Adán, por lo tanto perdidos, o estamos bajo el reino de la gracia en Cristo, y por lo tanto salvos y seguros. ¡No puede haber un lugar intermedio llamado cristianismo carnal! Si el Espíritu Santo, por medio de Su Omnipotencia, no nos ha sacado del reino del pecado, de su poder, y de su dominio, entonces es que estamos perdidos, y perdidos para siempre.

Si vivimos bajo dicha profesión, estamos viviendo una mentira. Si el Espíritu Santo mismo, a través de Su Omnipotencia, no nos ha traído al Reino de la Gracia por medio de la salvación, nunca podremos conocer su poder, su fortaleza, su vigor y su influencia dinámica sobre nuestras vidas, según reina en ellas y en nuestros corazones, a través de la justicia.

4. El poder de la gracia de Dios

Permítame advertirle, estimado lector, ¡No se deje engañar! “Él que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; más el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gálatas 6:8).

Vemos en este verso de las Escrituras, que los intereses de la vida de un hombre tienen que ser en y tras la obra del Espíritu Santo, o de otra manera no se es un hijo de Dios, uno no es salvo. Esta no es una verdad aislada, pues en las Escrituras encontramos que quien siembra para la carne, de su carne segará corrupción.

Leamos en Romanos 8:5: “Los que viven conforme a la carne, de las cosas que son de la carne se ocupan;” así que, el ocuparse de la carne es muerte, *muerte espiritual*, la segunda muerte en el infierno, según Romanos 6:23.

Por el contrario, si los intereses de la vida de un hombre son los del Espíritu, entonces tal hombre sí va tras las cosas del Espíritu, porque el ocuparse del Espíritu es vida y paz (Ro. 8:6).

Según la Palabra de Dios, cuando Dios a través de Cristo salva a un pecador, creando en este un nuevo corazón y una nueva naturaleza, Dios saca al pecador del ámbito, dominio y reinado del pecado, trasladándolo al Reino de la Gracia. La Palabra de Dios nos prueba esto mismo en Colosenses 1:13: “el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo”. Aquí encontramos al apóstol Pablo diciéndole a los Colosenses que ellos una vez pertenecieron al reino de las tinieblas, al diablo y al infierno; pero que ahora ya han sido trasladados de ese reino al Reino de Cristo, bajo el dominio de la *gracia*.

Pablo declara esta misma verdad en Romanos 5:20-21: “Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro”.

Pablo también les dijo a los Filipenses: “Nuestra morada [ciudadanía] está en los cielos” (Fil. 3:20). Pablo aquí no está diciendo que VA a estar, ¡sino que ESTÁ en los cielos ahora! ¡Nosotros vivimos aquí en la tierra, pero nuestra ciudadanía está en el Cielo ahora! Mire usted, nosotros somos una colonia del cielo en este mundo, pero nuestra ciudadanía está allá, no aquí: dicha transferencia de ciudadanía ya ha sido efectuada. Esta misma verdad es la que encontramos en Efesios 2:19: “Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios”. En otras palabras, hemos cambiado de reinos, de una vez por todas. ¡Ya no estamos en el territorio, o bajo el gobierno del pecado!

El hijo de Dios, antes de convertirse en un cristiano en virtud del nuevo nacimiento, se encontraba unido a Adán. Porque pertenecíamos a Adán y a su

raza caída, todas las consecuencias de sus pecados y sus acciones recayeron sobre nosotros. Estábamos representados en Adán, pero ya no estamos en Adán si somos salvos; ahora estamos en Cristo. Toda persona que vive al presente, o se encuentra en Adán o de otra manera está en Cristo, y este es todo el mensaje de Romanos 5:15-21.

Veámoslo en la Palabra de Dios (Versículos 18-19): “...de la manera que por un delito vino la culpa a todos los hombres para condenación [esto es el reino del pecado en Adán], así por una justicia vino la gracia a todos los hombres para justificación de vida [esto es el reino de la gracia en Cristo]; ...Porque como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores [el reino del pecado en Adán], así por la obediencia de uno los muchos serán constituidos justos” [el reino de la gracia en Cristo].

Nuevamente, vemos en el verso 17: “Porque, si por un delito reinó la muerte por uno, [el reino del pecado en Adán] mucho más reinarán en vida por un Jesucristo los que reciben la abundancia de la gracia, y del don de la justicia” [este es el reino de la Gracia en Cristo, querido lector].

La Palabra de Dios establece la necesidad de predicar el verdadero Evangelio de Cristo, pues es el Evangelio de la gracia de Dios, el único que libera a los pobres pecadores cautivos. El evangelio “es poder de Dios para salvación” (Romanos 1:16). La palabra “poder” proviene de la palabra griega “Dunamis”, de donde sacamos la palabra “dinamita”, y esta dinamita del Evangelio es la que nos libera del pecado para que andemos con una vida nueva en Cristo Jesús. En otras palabras, produce una explosión que nos separa de la roca del pecado, y nos hace morir. “Sabido esto, que nuestro viejo hombre juntamente fue crucificado con él [Cristo], para que el cuerpo del pecado sea deshecho, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Ro. 6:6-7).

Vea usted, al oír la condenación decretada sobre nosotros desde las cortes del Cielo, “el alma que pecare, esa morirá” (Ez. 18:4), y al inclinarnos ante este juicio, sabiendo que sin duda somos pecadores merecedores del infierno, y al encontramos ante Dios pobres, incapacitados y perdidos, si entonces oímos la predicación del Evangelio— las Buenas Nuevas de liberación a través de la sangre de Cristo —desesperadamente desearíamos el Don gratuito de Dios en Cristo. Clamamos, pues, a Dios el Espíritu Santo, para que lo haga una realidad en nuestros almas. Y así, cuando por fe vemos en Cristo y en Su Evangelio una salvación y una liberación completas del poder del pecado, es que somos movidos a confiar y alabarlo a Él por esta liberación que nos saca del dominio del pecado y nos coloca en el ámbito de la gracia.

¿De qué aprovecha un evangelio que no nos libra de aquello que nos sujeta y de lo que condena a nuestras almas al infierno? El Evangelio de la gracia de Dios es la Buena Nueva de liberación en Cristo, y ¡le doy gracias a Dios porque puedo predicar tal Evangelio! Este es el Evangelio del que habla la Biblia, el que libera al hombre de la tiranía del pecado y el que quebranta todo su poder!

Consideremos el lado positivo del Evangelio, ya que la liberación del dominio del pecado conlleva un aspecto un tanto negativo.

Bajo el poder del Evangelio somos puestos bajo el Reino de la Gracia con todo lo que esto significa en términos de poder. La Biblia es positiva, pues la Palabra de Dios no sólo nos afirma que nuestros pecados han sido perdonados, sino que, además, hemos sido transferidos al Reino de la Gracia, el cual es un Reino muy poderoso. ¡Está garantizado que producirá resultados! ¿No produjo resultados el reinado del pecado? ¿No hizo que la muerte pasara a nosotros? ¿Acaso no nos hizo pecar? ¿Acaso no nos hizo odiar, perjurar, blasfemar, asesinar, defraudar, mentir, robar, codiciar, envidiar, cometer adulterio y levantar falso testimonio en contra de nuestros prójimos? ¿Acaso no nos hizo hacer aquellas cosas por las cuáles iba a recaer la ira de Dios sobre nosotros? ¿Acaso no nos hizo ahogar nuestra convicción de que pecábamos y seguíamos insistiendo en nuestro camino que nos conducía a paso firme hacia el infierno? ¡Claro que sí! —porque el pecado reinaba en nosotros. Estábamos bajo su poder. De igual modo, la Gracia reina sobre cada hijo de Dios y es infinitamente más poderosa, pues las Escrituras dicen: “Mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Ro. 5:20). Así que si el poder y dominio del pecado garantiza ciertos resultados (porque la paga del pecado es la muerte), entonces el reinado y el principio de la Gracia garantiza ciertos resultados, que son más seguros, por medio del Espíritu Santo obrando efectivamente en nuestras almas, debido a la Gracia de Dios

Usted se preguntará: ¿qué garantiza el Reino de la Gracia dada a los pecadores por medio del Evangelio? Garantiza que mi salvación completa y final es absolutamente cierta. No estoy tan solo muerto al reino del pecado; estoy vivo bajo el Reino de la Gracia, y de una Gracia que es un tremendo poder.

Garantiza que la dinámica de la Gracia de Dios está sobre mí y obrando en mí, para llevarme al estado de perfección final.

Siendo este, entonces, el propósito del Evangelio (romper el poder dominante del pecado así como nuestro afecto por él, y entronizar el poder de la Gracia), entonces, ¿seremos “cristianos carnales”, con la carne llevando las riendas? ¡NO! Pues el objetivo de Dios dado a nosotros por medio del Evangelio, es destruir al pecado, a sus obras y a todo lo relacionado con él. Tal y como dice en 1 Juan 3:8: “...Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo”, en las almas de aquellos por quienes Él murió y a quienes salva por Su Gracia.

Si Dios lleva a cabo esto por nosotros, ya no vivimos en hipocresía; vivimos una vida real: hemos sido resucitados. Entonces, “los que somos muertos al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? (Ro. 6:2). La respuesta es que no podemos. ¿Por qué? Porque la palabra “vivir” significa “continuar y permanecer”. Vemos así, desde este punto de vista, nuestra posición — el hecho de que es-

tamos bajo el poder y el reino de la gracia —: es imposible que continuemos y permanezcamos en pecado o que nuestra vida continúe siendo pecaminosa.

Estimado lector, si la Gracia no reina en nuestras vidas, entonces estamos perdidos y nada sabemos acerca del poder del Evangelio.

Vayamos a 1 Juan 3:9: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios”. Esto significa que quienquiera que haya nacido de Dios no sigue viviendo una vida de pecado; no lo practica habitualmente; él ya no puede continuar bajo el dominio del pecado porque Su semilla permanece en él, esto es, la nueva vida de Gracia en Cristo está en él.

No está diciendo que una persona nacida de Dios nunca puede cometer un acto individual de pecado, porque, de haber sido así, no habría nadie en el Cielo y tampoco habría ningún cristiano sobre la tierra hoy día.

Lo que dice diciendo es esto: La persona nacida de Dios no puede permanecer en el ámbito del pecado. En otras palabras: es imposible.

Es imposible para un cristiano vivir en el pecado, porque esta persona se encuentra bajo el poder de la Gracia, la cual es la propia influencia y el poder de Cristo. El cristiano se halla posicionado en la esfera de este poder majestuoso llamado “Reino de la Gracia”. Y la Gracia, por medio de su influencia y su poder, hace imposible que el alma salva continúe en el mismo estado en el que antes se encontraba. Por lo tanto, vivir cualquier otra vida y llamarla cristianismo, es vivir una mentira, tener una profesión sin vida; ¡lo cual es el pecado de hipocresía!

Toda esta verdad la resume Romanos 6:14 con estas palabras victoriosas: “El pecado no se enseñoreará de vosotros”.

El pecado podrá acometer contra nosotros violentamente, pero jamás nos podrá dominar, debido a que la Gracia es infinitamente mucho más poderosa. Este verso no nos está diciendo meramente a nosotros, que somos salvos, que no deberíamos pecar; lo que nos está diciendo es que nosotros no podremos vivir, y que no continuaremos viviendo en medio y bajo el poder del pecado. ¿Y por qué? Porque nosotros hemos sido puestos en el ámbito de la Gloriosa Gracia de Dios, según esta ha sido revelada en el Señor Jesucristo. Dios mora en el alma, Cristo es real, y también lo es nuestro deseo de andar en justicia y en verdadera santidad, porque Dios ha hecho algo por nosotros.

¡Este es el Evangelio! Estimado lector, no se engañe: cualquier otro evangelio no es el verdadero Evangelio de la Gracia de Dios en Cristo; cualquier otro evangelio es un evangelio pervertido.

5. El Espíritu Santo convence de las realidades del Evangelio

Así, en este capítulo de Romanos, vemos lo que el Verdadero Evangelio de la Gracia de Dios en Cristo Jesús ha hecho por nosotros. Primero, vemos que en la salvación nosotros hemos muerto al pecado y ya no vivimos más en él: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Ro. 6:1-2). ¿Y por qué ya no vivimos más en el pecado? Porque el Hijo, en Su salvación nos ha liberado del pecado y de su reinado.

Romanos 6:3 dice: “O no sabéis que todos los que somos bautizados en Cristo Jesús, somos bautizados en su muerte?” En la salvación fuimos bautizados por El Espíritu Santo en Cristo Jesús; esto es, fuimos puestos en Cristo Jesús y por lo tanto bautizados o puestos en Su muerte. Todo lo que Cristo Nuestro Señor, como nuestro sustituto, hizo en Su muerte, pasó a ser nuestro, pues nosotros estábamos representados en Él en Su Cruz. Y cuando nosotros fuimos salvados por Su Gracia, todos los beneficios procedentes de Su obediencia hasta la muerte pasaron a ser nuestros.

En el versículo 4, notamos que, como fuimos sepultados con Cristo mediante el bautismo en Su muerte, entonces, tal y como Cristo fue levantado de entre los muertos por el poder de Su Padre, así mismo nosotros hemos sido resucitados para que andemos en novedad de vida. Por lo tanto, el pecado ya no tiene más dominio sobre nosotros. Porque hemos muerto al pecado, tal y como Cristo murió por nuestros pecados, cargándolos sobre Sí mismo en la cruz.

Romanos 6:8-10 nos expresa de manera muy bella: “Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive.”

Más adelante, en el verso 11, nos dice que porque hemos muerto con Él, debemos considerarnos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús Señor nuestro. Claramente, podemos ver que en estos versículos se nos dice que tal y como Cristo murió para el pecado, nosotros también, y que andamos en vida nueva; como Cristo vive, así también nosotros vivimos.

Vemos esta misma verdad en el verso 5: “Porque si fuimos plantados juntamente en él a la semejanza de su muerte, así también lo seremos a la de su resurrección.” Esto contradice al evangelio falso del cristianismo carnal, pues el Espíritu Santo nos está diciendo que según hemos sido plantados nosotros en la muerte de Cristo, de la misma manera hemos sido plantados juntos en Su resurrección; así que todos los beneficios que hemos recibido, al identificarnos con Él en Su muerte, los tenemos asegurados por el poder de Su resurrección. Esto no deja lugar para las dudas acerca de la salvación que nos es dada en

Cristo. O sea, cuando Dios nos salva, la gracia comienza a reinar y superabundantemente persiste sobre el pecado, a través de la Justicia de Dios para Vida Eterna, mediante Jesucristo nuestro Señor. Así se nos hace, para que andemos en vida nueva. ¡Esta es la Gracia de Dios!

Otra gran verdad puesta a la luz en este verso 5 es esta: Habiendo sido plantados juntamente con Él, entonces rendiremos frutos de santidad, pues estamos unidos a Cristo en una vital y singular unión. Veamos el verso 22 de Romanos 6, “Más ahora librados de pecado” (y cuándo Dios hizo esto? — Él lo hizo en el momento de nuestra salvación. Así que ya no andamos en irrealidad e hipocresía; ya no andamos haciendo una profesión falsa como hicimos antes; ahora andamos como hombres libres en Cristo Jesús, nos hemos convertido en siervos de Dios.) Lo que pasa entonces es que, “Tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin la vida eterna.” Y esto es porque *hemos sido identificados con Cristo*.

Cuando Dios nos salva, Él pone nueva vida en nosotros. Nuestro Señor nos dio esta misma verdad acerca de la identificación con Cristo en unidad vital, en Juan 15:5: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer.” ¿Y cuál es el fin de esto? Traeremos frutos hacia Dios, los cuales son santidad. En Mateo 7:18 Él nos dice que, nosotros siendo partes de esta vid (Cristo), por lo tanto un buen árbol, traeremos buenos frutos hacia Dios. Y cuando leemos este verso en su totalidad, encontramos que “no puede el buen árbol llevar malos frutos.” ¿Por qué motivo? Porque está identificado con Cristo en la muerte al pecado y en la resurrección para vida, vida nueva que rinde frutos de santidad.

Hermanos míos, esto nos habla de nuestra común posición en Cristo: que por medio de la identificación con Él en Su muerte y en Su resurrección, entonces, por la virtud de Su vida implantada en nosotros, somos capaces de andar en vida nueva con el poder del pecado roto, para producir frutos de santidad. Esto expone la profesión falsa de todos aquellos que viven en la hipocresía, que andan según su voluntad y según sus tendencias a pecar, poniendo la excusa de que son solamente “cristianos carnales”. Nosotros, que estamos vivos, andamos dentro de una realidad, pues la vida de Cristo está ahora en nosotros, y “la vida que vivimos ahora en la carne, la vivimos en la fe del Hijo de Dios, el cual nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros” (Gá. 2:20).

Vayamos ahora a Romanos 6:6: “Sabiedo esto, que nuestro viejo hombre juntamente fue crucificado con él, para que el cuerpo del pecado sea deshecho, a fin de que no sirvamos más al pecado.” Preste atención a la primera expresión, “sabiedo esto”, pues nuestro Señor está diciendo a través del apóstol Pablo que hay algo, de lo cual todos los que reclaman ser salvos, saben con absoluta certeza. Estimado lector, si Dios ha obrado esa obra de gracia en nosotros, por la cual hemos muerto al pecado en la propia muerte de Cristo, y nos hemos convertido en nuevas criaturas en Cristo Jesús por el poder de Su resurrección, para andar en vida nueva, nosotros lo sabremos. ¿Cómo lo sa-

bremos? Por la enseñanza del Espíritu Santo estando nosotros bajo convicción. Así que permítame preguntarle: ¿Sabe usted esto, y vive usted bajo la luz de este conocimiento? ¿Es algo de lo cual usted está completamente seguro? Debería estarlo si es usted salvo, porque esta es una parte esencial y vital de nuestra salvación.

“Sabiedo esto...” En la salvación nosotros hemos muerto para el mundo, y también ha muerto el reclamo del mundo sobre nosotros; nosotros hemos muerto para el pecado y para su poder reinante, y ahora, bajo el poder reinante de la gracia, somos capacitados para andar en esta nueva vida en Cristo — ¡Nosotros sabemos esto por experiencial! Cuando Dios nos otorga Su salvación, Él deshace el poder del pecado, el viejo hombre Adámico es crucificado; así, de esta manera ya no tenemos nada que ver con él.

“Porque el que es muerto, justificado es del pecado” (Ro. 6:7); así que ya no andamos en, y no servimos al, pecado. ¿Es ésta su vida, estimado lector? En la salvación, aprendemos de la Palabra de Dios, y por medio de la experiencia, que hemos sido liberados del reino y del poder del pecado, y que ahora tenemos el poder para deshacernos de nuestra anterior conducta propia del viejo hombre, la cual es corrupta de acuerdo a las lujurias engañosas, y podemos revestirnos del nuevo hombre, el cual es semejante a Dios, creado en la justicia y santidad de la verdad.

Pero, lamentablemente, la mayoría dentro del cristianismo no sabe nada acerca de esta liberación del poder y de la penalidad del pecado, pues aún andan conforme a la carne y no conforme al Espíritu. Estas mayorías continúan viviendo hipócritamente, tratando de agradar a Dios con meramente una profesión de labios, poniendo toda clase de excusas para los deseos carnales y para este falso evangelio del cristianismo carnal.

Estimado lector, si este es su estado, usted no ha experimentado la convicción del Espíritu Santo. Pues de haber estado usted bajo la convicción del Espíritu Santo, habría sabido por experiencia propia acerca de la esclavitud del pecado, y usted también habría llegado a saber acerca de la liberación del pecado. Pues bajo la convicción del Espíritu Santo, el Espíritu Santo le enseña al alma todas esas cosas que son tan humillantes para la carne.

¿Y cuáles son esas cosas que son tan humillantes para la carne, y que son enseñadas bajo la convicción del Espíritu Santo? Es humillante para la carne aprender que su justicia, ante los ojos de Dios, es tan sólo como trapos sucios y menstruosos, y que estamos destituidos de cualquier justicia o buenas obras que sean aceptas para Dios (Isa. 64:6). Es humillante para la carne aprender que usted por naturaleza es vil, un pecador arruinado ante Dios (Job 40:4). Es humillante para la carne aprender que en su carne no mora nada bueno (Ro. 7:18), que usted está destituido de toda sabiduría espiritual (Ro. 3:11), y por lo tanto está lleno de orgullo y vanidad (Sal. 39:5); que usted está destituido de toda fortaleza espiritual (Ro. 5:6), y por lo tanto usted es incapaz de hacer nada

bueno por usted mismo (Juan 15:5). Es humillante para la carne aprender que usted esta vendido y sujeto al pecado (ro. 7:14), y por lo tanto destituido de toda libertad (Isa. 61:1); es usted un esclavo de sus concupiscencias (Tito 3:3) y está usted cautivo a la voluntad del diablo, siguiendo sus consejos (2 Tim. 2:26), porque él es su padre (Juan 8:44).

Vea usted, apreciado lector, bajo la convicción del poder de la Palabra de Dios, el Espíritu Santo permite que la luz del glorioso evangelio de Cristo ilumine su corazón, impartándole a usted el conocimiento de la Gloria de Cristo Jesús y por este medio sacándolo a usted del tenebroso reino de Satanás, y poniéndolo en Cristo y en Su Reino. Esta es nuestra posición en Cristo, en virtud de Su obra en la cruz por nosotros, y esto nos lo enseña el Espíritu Santo en Su Palabra.

Es entonces cuando entendemos por fe, esas palabras benditas, dichas por nuestro Señor en Juan 8:36: “Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres.” Así es, habiendo sido esclavos del pecado, ahora en la salvación en Cristo, usted es atraído por el Espíritu Santo a través de Su Palabra y por la fe, a comprender que ya ha sido liberado por el Evangelio, el cual es el poder de Dios para salvación.

Según usted ejercita su fe en el Señor Jesucristo, usted entiende que Dios, por medio de Su Evangelio, no tan sólo lo ha librado de la condenación del pecado, de la pena de la ley y de la ira de Dios, sino que además también fue liberado del poder del pecado y de la esclavitud de Satanás. Así que usted se regocija porque el pecado ya no tiene más dominio sobre usted, pues usted ya no se encuentra bajo la ley, sino bajo la Gracia; usted se regocija por haber sido liberado del pecado y, además, ahora se ha convertido en un siervo de la justicia. ¿Acaso esto no es motivo suficiente para alabar a Dios, que Él haga todo esto por los pobres pecadores merecedores del infierno?

Y esto llega a nosotros por gracia, a través de la redención que es en Cristo Jesús, pues SÓLO ÉL, por medio del poder de Su Espíritu, nos puede levantar de la sepultura del pecado, y liberarnos del mercado de esclavos, habiendo obtenido redención eterna para nosotros.

6. La unión con Cristo protege contra el pecado

Así pues, hemos demostrado por medio de la Palabra de Dios que si verdaderamente el Espíritu Santo ha provocado en usted el arrepentimiento hacia Dios, y la fe en el Señor Jesucristo, usted ha sido hecho una nueva criatura en Cristo, y le será imposible hacer del pecado una práctica y la autoridad de su vida. ¿Por qué? Porque hemos sido traídos a este estado de unión con Cristo y, tal y como Romanos 6:2 lo declara: “Porque los que somos muertos al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?”. No podemos, pues como 1 Juan 3:9 nos dice: “La simiente de Dios está en él”, la naturaleza que Dios nos da en la salvación per-

manecerá en nosotros para siempre, así que es imposible para nosotros vivir en pecado.

Estimado lector, un cristiano es alguien que está en Cristo, y porque está en Cristo ha muerto con Él, ha sido sepultado con Él, ha resucitado con Él; ahora está vivo para Dios en Él; y todo esto por causa de su identificación con Cristo.

También por causa de esto, el pecador arrepentido y creyente, ha sido liberado del pecado; esto es algo que ha ocurrido ya; y esto es verdad en todos aquellos que son cristianos. Nuestra esperanza, nuestra paz, y nuestra seguridad, aún nuestra salvación, dependen de esto que se nos ha otorgado gratuitamente en el Señor Jesucristo. Esta es una salvación tan grande, la cual Dios ha preparado para los acreditados pobres pecadores.

Esto es muy importante, porque hay quienes enseñan que usted puede ser un cristiano, y ser justificado, pero que aún usted no ha sido liberado del pecado. Le dicen a usted que esto es algo a lo cual llegará después; que será una experiencia futura. Pero, apreciado lector, esto es el evangelio falso del cristianismo carnal del cual le estoy advirtiendo, que le permite a usted continuar pecando y excusar sus pecados diciendo: “Bueno... no soy yo el que peca, sino mi vieja carne es la que peca”. ¡Este es *el evangelio falso* que le permite a usted reclamar a Jesús como su Salvador, pero no le exige a usted que se incline ante Él como Señor de su vida!

Veamos en la Palabra de Dios una de las mayores pruebas de por qué el evangelio del cristianismo carnal es falso: es debido a nuestra unión con Cristo.

Esto desmiente la creencia de que podemos continuar viviendo tras los deseos de la carne y decir que somos salvos, pues nuestra unión con Cristo en todo lo que Él es, en todo lo que Él ha hecho y continúa haciendo por nosotros, es la mayor razón para sostenernos hasta el final dentro de esa Gracia perseverante y con la fe que nos son dadas en la salvación.

La Palabra de Dios nos enseña, que en la salvación un verdadero hijo de Dios se ha identificado con Cristo, habiéndose unido a Él en una unión irreversible y sin interrupciones. Las palabras en la oración de nuestro Señor por Sus discípulos en Juan 17:20-23, nos hablan de Su interés en nuestra unión con El: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en Mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como Tú, oh Padre, en mí, y yo en Tí, que también ellos sean en nosotros uno; para que el mundo crea que Tú me enviaste...para que sean uno, como nosotros somos uno. Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfectos en unidad”.

Vemos aquí que nuestro Bendito Señor oró por esa unión con Su pueblo, la cual Él obtuvo para ellos en la cruz; y esta oración ha sido contestada, pues en la salvación pasamos a ser UNO en Cristo.

Las Escrituras nos declaran nuevamente, que esta unión procede de Dios Padre, pues leemos en I Corintios 1:30: “Mas de él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, y justificación, y santificación y redención”. Ciertamente, el Padre propuso y planeó todo esto desde la eternidad, el Hijo oró por ello y lo obtuvo en la cruz, y el Espíritu Santo lo ha hecho efectivo en los corazones y en las vidas de cada uno de los hijos de Dios.

Preste atención a 1 Corintios 12:12-13: “Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”.

Esto sencillamente nos declara que nosotros, los que somos salvos, hemos sido bautizados (sumergidos) en un cuerpo, y que ese cuerpo es Cristo. De esta manera vemos la realidad de nuestra unión con Cristo, quien es la “cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todos”. (Efesios 1:22).

Así que esto expone la falsedad de la profesión sin vida y la vanidad de los profesantes religiosos, quienes reclaman que un hijo de Dios puede vivir indefinidamente sin que exista alguna realidad de Cristo en sus almas. ¿Cómo se puede ser miembro de un cuerpo, el cual está unido a la Cabeza, conocer a la Cabeza, y no saber que se está unido a dicha Cabeza?

Estimado lector, estamos hablando de una unión, y esta Dios la lleva a cabo dentro de la salvación.

Sigamos adelante y veamos cómo en Romanos 7:4 se nos habla de esta unión en términos matrimoniales: “Así también vosotros, hermanos míos, estáis muertos a la ley por el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, (dados en matrimonio a Cristo Jesús), a saber, del que resucitó de los muertos, a fin de que fructifiquemos a Dios”. ¡Qué maravillosa verdad! “Para que seamos de otro”; dados a Cristo en un lazo espiritual de matrimonio, para nunca más separarnos o divorciarnos, porque ya hemos sido unidos a Él con un inseparable lazo de amor.

Pero ¿con qué propósito? Para que llevemos fruto para Dios, el fruto de la santidad. Ahora bien, ¿cómo podré yo, que he sido unido a Cristo en esta unión santa de amor espiritual, que lo he aceptado a Él para siempre, escogiéndolo a Él por encima de otros amantes, para sujetarme a Él toda mi vida; cómo puedo pensar en, y mucho menos practicarlo, el adulterio espiritual? Es inconcebible, porque esto sería imposible.

Él obtuvo mi corazón con Su amor inmortal, por el cual fue a la cruz por mí. Él ha ganado mi corazón con el poder de Su resurrección. Él ha obtenido mi corazón por medio de todos Sus dones de amor a mi alma. Él me preserva, mediante Su obra como Sumo Sacerdote tras el velo, y yo tengo Su promesa de que Él me recibirá a Sí mismo, para que donde Él está yo esté con Él por toda

la eternidad (Juan 14:3). En vista de todo esto, ¿podría dejarlo yo a Él, o dejarme Él a mí, para que vuelva a caer bajo el dominio del pecado? ¡No! Porque Él se ha propuesto en Sí mismo llevarme a mi hogar al final, sin mancha y sin mácula, y presentarme irreprochable delante de nuestro Padre Celestial, quien nos escogió para que yo fuese la esposa de Su Hijo para siempre (Judas 24).

La Palabra de Dios me dice que, habiendo Cristo redimido mi alma inmortal del infierno, y habiéndome rescatado de la cautividad de Satanás, Él me sujetará a Sí mismo para siempre, y ya *nunca me dejara ir*.

Esto se aplica a la vida física. Por ejemplo, si yo amo a mi esposa, entonces yo no necesito a otra. Si yo he desechado todas las demás mujeres por ella, esto quiere decir que yo estoy satisfecho y contento con ella hasta que la muerte nos separe. ¡Esto es lo que los cristianos deberían tener en cuenta hoy día! — que de igual manera que el verdadero amor mantiene unidos al esposo y a su mujer, siendo fieles el uno con el otro, así es también en el aspecto espiritual: el verdadero amor a Cristo nos mantiene siéndole fieles a Él.

Recordemos las palabras de Hebreos 13:4: “Honroso sea a todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; mas a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios”. Si esto ha de ser cierto en el aspecto físico, y lo es, puede estar usted seguro que también es cierto en el aspecto espiritual.

Esta verdad es expresada en Santiago 4:4 con estas palabras: “Adúlteros y adúlteras, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad con Dios? Cualquiera pues que quisiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.” *Así es, Dios juzgará a los adúlteros espirituales que reclaman estar unidos a Cristo en matrimonio espiritual, y aún así prostituyen su amor con los deseos del pecado*. Lo que Dios está diciendo es que usted no es salvo si vive en el pecado; ¡usted es Su enemigo y vive bajo Su ira!

Si usted está casado con Cristo, usted deseará estar con Él más que con cualquier otro amante. Yo deseo estar con mi esposa después de 40 años. ¿Sabe usted por qué? Porque la amo. Créalo o no, aún siento emoción cuando me acaricia. A mi me gusta besar sus labios; me gusta tenerla entre mis brazos y decirle cuánto la amo. ¿Por qué? Porque hemos sido unidos en el santo vínculo del matrimonio.

Querido lector, de esta misma manera es en el aspecto espiritual: Dios nos atrae hacia Él mismo, nos da en matrimonio a Cristo, y estamos satisfechos con Cristo en nuestra relación espiritual con Él. Nos emocionamos cuando Él nos toca; aún amamos ir ante Su presencia; aún amamos sentarnos a Sus pies; aún amamos adorar Su Nombre; aún amamos regocijarnos en Su amor; aún amamos mirarlo a Él por fe, sabiendo que ÉL ES NUESTRO TODO. Él es nuestra vida; Él murió por nosotros y pagó nuestra deuda por completo. ¡Yo adoro estar con Él!

Como si todos estos pasajes no fueran pruebas suficientes de que es imposible que el evangelio del cristianismo carnal sea cierto, por causa de nuestra

unión espiritual con Cristo, tenemos pruebas adicionales en las siguientes Escrituras:

En 1 Corintios 2:16 encontramos escrito que el hijo de Dios, el cristiano, tiene *la mente de Cristo*; por lo tanto, el cristiano no hará del pecado la práctica y el dominio de su vida. En 1 Corintios 6:17, encontramos escrito que el hijo de Dios es *un espíritu con Cristo*, por lo tanto el pecado no dominará ni será practicado en su vida. En Romanos 8:35 encontramos escrito que el hijo de Dios tiene *el amor de Cristo*, por lo tanto, no será dominado, ni practicará el pecado. O como lo declara 2 Corintios 5:14: “El amor de Cristo nos constriñe”, me sostiene. Nuevamente, en Colosenses 3:4 está escrito que el hijo de Dios tiene *la vida misma de Cristo* en él; por lo tanto, no será dominado ni practicará el pecado en su vida.

Apreciado lector, escuche estas últimas palabras encontradas en Colosenses 2:10: “Y en él estáis completos”. Por lo tanto, un hijo de Dios ni practicará el pecado ni será dominado por el pecado en su vida; porque está completo en Cristo y no necesita a nadie más, o nada más para hacerlo estar gozoso, feliz, contento y satisfecho mientras espera el regreso de Su Amado desde el Cielo.

Así que, como ha visto usted, la Biblia está llena de razones por las cuales el verdadero hijo de Dios no hará del pecado su práctica, ni será dominado por el pecado en su vida. Él está muerto en Cristo, por lo tanto muerto a la vida de pecado. El cristiano está unido en matrimonio a Cristo, por lo tanto ligado a Él en la ley de amor y matrimonio. Él está en Cristo, por lo tanto vive y tiene la mente de Cristo, el Espíritu de Cristo, el amor de Cristo, aún la propia vida de Cristo morando en Él a través del Espíritu Santo. Así que, basado en la Palabra de Dios y en Su autoridad, puedo declarar enfáticamente que aquellos que son salvos por la Gracia de Dios no vivirán una vida de hipocresía, de mentira, o que tan sólo harán una profesión verbal. No creemos, ni tomamos parte con el evangelio falso del cristianismo carnal, el cual es una herejía, porque el verdadero Evangelio de la Gracia de Dios en Cristo nos ha dado mucho más. Por su poder fuimos liberados de la ley del pecado y la muerte, y llevados a andar en vida nueva.

Estimado lector, ¿sabe usted algo acerca de este Evangelio que lo libera a usted de la ley del pecado y de la muerte? ¿Se ha unido usted a Cristo en matrimonio? Si así ha sido, usted lo sabrá, pues esta es una vida de realidades.

¡Alabemos a Dios por tal Evangelio! Alabémosle por tal redención y tal liberación, pues nos ha liberado en Cristo Jesús para que andemos en luz así como Él está en luz (1 Juan 1:7). Alabemos a Dios por habernos sentado en lugares celestiales en Cristo para que tengamos comunión con el Dios Trino en Cristo Jesús, Señor nuestro. Así es, este Evangelio de la gracia de Dios en Cristo Jesús nos permite vivir en el cielo, mientras aún estamos en la tierra. ¿Por qué? Porque Cristo es éste cielo y ¡Él mora en nosotros! ☞